



JESÚS LIZ GUIRAL (1958-2015). *IN MEMORIAM*

JESÚS LIZ GUIRAL (1958-2015). *IN MEMORIAM*

DESIDERIO VAQUERIZO GIL
GRUPO DE INVESTIGACIÓN *SISIFO*
ÁREA DE ARQUEOLOGÍA. UNIVERSIDAD DE CÓRDOBA
DIRECTOR AAC
✉: aa1vavid@uco.es

ANALES
DE ARQUEOLOGÍA
CORDOBESA
NÚM. 25-26 (2014-2015)

“Soy un hombre entre los hombres, ando con la cabeza bien alta; no debo un chavo a nadie; nunca he sido demandado; nadie me ha dicho en el foro: ‘Devuélveme lo que me debes’. He comprado unos palmos de terreno, he hecho algún dinerillo; doy de comer a veinte bocas, sin contar la del perro; he rescatado a mi compañera, para que nadie tuviera derecho a tomar su seno por una toalla; pagué mil denarios por mi libertad; se me nombró gratuitamente magistrado séviro; y espero morir sin tener que avergonzarme después de muerto”

(Petronio, *El Satiricón*, 57, 5-6;
discurso de un co-liberto de Trimalción).

Cinco días después de la muerte de Jesús Liz, una persona a la que quiero y respeto en la misma medida (M. Delgado Torres), me enviaba un mail de disculpa por no haber podido atender a cierta emergencia laboral, en el que decía, literalmente: “Mi compadre, mi amigo del alma, un hermano de sangre más, fallecía después de una lucha de más de dos años contra el cáncer. Como comprenderás no tengo cuerpo ni ánimo, estoy destrozado. Este golpe, que no viene más que a sumarse a los que desde hace algunos años llevamos recibiendo, me ha dejado realmente tocado. La vida en estos últimos años se ha encargado de mostrarme su cara más amarga. Quiero tomarme esta semana de descanso y pensar. En cualquier caso, seguiremos adelante, como siempre, mirándola de frente. Me queda mucho por hacer y mucho bueno por vivir. Cada vez veo más claro que la felicidad está en las pequeñas cosas...”. Es un texto sencillo, pero que trasciende dolor, y que hago mío con permiso de su autor porque resume a la perfección cómo me sentí yo tras el fallecimiento de mi querido amigo, maestro y casi hermano Jesús Liz, por más que la presumiera

hacia ya algún tiempo, en ese compromiso de silencio obligado al que él mismo me sometió desde el momento mismo en que supe de su enfermedad (“*La pálida muerte golpea con el mismo pie tanto en las cabañas de los pobres como en los palacios de los ricos...*”; Horacio, *Odas*, 1,4,1). Me ha sido más fácil, menos doloroso y desgarrador, utilizar palabras ajenas que intentar trasladar a las mías propias el tumulto de sentimientos que me zarandearon los centros cuando supe que Jesús había muerto; más aún en las circunstancias tan dramáticas en las que lo hizo.

Jesús fue hombre extremadamente discreto, culto, valiente, crítico, constante, ingenioso, noble, bueno, cabal, íntegro, leal, consecuente, amable, cariñoso, atento, socarrón, sincero, reservado (hermético casi, para lo que él quería y con quien quería), cumplidor, combativo, de honor, libre...; virtudes todas ellas que, sumadas a su fino sentido del humor y la capacidad de reírse de sí mismo y de todo sin faltar jamás al respeto a nadie, encuentran perfecta correspondencia en las que los autores antiguos destacan como definitorias del hombre de bien, y que por desgracia no abundan en esta profesión tanto como a él o a mí nos habría gustado. Tuve el honor de contar con su amistad incondicional desde que nos conocimos en 1980, y puedo confirmar que vivió y murió absolutamente fiel a sus principios, de los que por desgracia terminó siendo esclavo. Por eso, quizás, la vida lo ha vencido tan pronto. Le habría hecho falta algo más de coraje y mala baba para merendarse según qué problemas, pegar un puñetazo en la mesa y enfrenar el espejo. Tal vez entonces las cosas hubieran transcurrido de forma distinta. En ejercicio consciente de la circunspección y la humildad que lo caracterizaron, sé a ciencia cierta que no ha-

bría permitido bajo ningún concepto que le dedicara este volumen; mucho menos, que dejara por escrito mi opinión sobre él, pero por desgracia ya no está con nosotros y no le es posible pronunciarse. Aun cuando sus consejos fueron siempre para mí motivo de reflexión y guía, tal vez le hice más caso del que debía al final de su tiempo.

Jesús Liz Guiral nació en Zaragoza el cinco de enero de 1958. Se licenció y doctoró con brillantez en la Universidad de su misma ciudad, pero su periplo profesional lo desarrollaría siempre lejos de ella; primero en Córdoba, donde permaneció seis años (1982-1988) como Profesor Ayudante y dejó a un nutridísimo y fiel grupo de amigos que hoy lloramos desconsolados su muerte; luego en León como Profesor Titular (hasta 1992), y finalmente en Salamanca, ya como catedrático. Fue arqueólogo versátil, polifacético y dinámico, magnífico epigrafista, gran amante del campo y un gran docente. Excavó en distintos enclaves de Cerdeña, Jordania y España y siguió a nuestro común maestro Manuel A. Martín-Bueno en busca del *San Telmo* hasta los remotos confines de la Antártida para practicar arqueología submarina, que le apasionaba. Desde el punto de vista estrictamente científico se convirtió pronto en experto en ingeniería y arquitectura romanas. Son, de hecho, obras de referencia su preciosa monografía sobre el puente de Alcántara y la dedicada a los puentes romanos en el convento jurídico caesaraugustano. También, las que escribió en León sobre la necrópolis de Veganzana y las representaciones arquitectónicas en lucernas romanas, o los muchos trabajos que dedicó a la ciudad de Lancia, en la que centró sus quince últimos años y todos sus esfuerzos, como estudioso, divulgador, y también adalid, de verdad insobornable, de

su integridad como yacimiento, que defendió con contundencia y frente a todo tipo de agresiones.

Destacó en este sentido su activismo en foros virtuales de arqueología y redes sociales, en los que participó con actitud conscientemente militante y un punto heterodoxa, o por lo menos beligerante (¡cuántas veces me insistía en que ya teníamos edad y gobierno para hacernos responsables de nuestras propias opiniones, sin miedo a los comentarios adversos, o las tan comunes actitudes farisaicas...!). Basta hacer un barrido por Internet para comprobar el impacto que ha tenido su deceso entre los internautas, a pesar de haber muerto poco menos que en silencio. En ella dejó cumplida muestra de sus sabias opiniones, su claridad de ideas, su impagable ironía (síntoma inequívoco de inteligencia y relativismo reservados sólo a los grandes), su erudición, su solvencia y su sentido inquebrantable del compromiso con la disciplina, sus amigos y consigo mismo. Sirva como ejemplo este texto capturado de facebook, que escribí el 23 de abril de 2013: *"Hoy es fiesta de guardar en Castilla Y León (la 'y' en mayúsculas es intencionada...). Todos los próceres políticos que quieran medrar en el cursus honorum autonómico estarán en la Campa de Villalar hablando por una televisión autonómica, que pagamos todos, y arrimando el ascua a su sardina partidista. Villalar, lugar en el que en 1521 tuvo lugar una batalla que luego llevaría a Bravo, Padilla y Maldonado a ser ejecutados, mientras su ejército huía a Toro, Portugal y Toledo... Hace mucho tiempo que los historiadores medievalistas han puesto en su lugar estos sucesos que, en principio, no deberían ser recordados como ejemplo a seguir..., pero, sin embargo, seguimos utilizando esta fecha y este lugar*

para festejar una autonomía que, además, no convence a todos. Si nuestros gobernantes políticos no entienden ni eso, ¿cómo vamos a pedirles, a semejantes ignorantes de la Historia, que no tapen con cemento reciclado Ad legionem, o no abandonen Marialba, o que pasen olímpicamente de Lancia, o del Monasterio de Sandoval...? Como decían mis amigos cordobeses, es inútil bregar con semejantes ignorantes, porque donde no hay mata, no hay patata".

Por desgracia, me ha tocado escribir ya varias necrológicas muy dolorosas a lo largo de mi vida (*"para aprender a vivir se requiere toda la vida [...] y toda la vida para aprender a morir"*; L.A. Seneca, *Brev. vitae* 7,3), y no soy dado a convertirlas en una relación aséptica y desapasionada de las aportaciones académicas o científicas de los homenajeados. Me interesa mucho más la parte humana; particularmente en este caso, en el que escribe el amigo en pleno proceso de duelo, no el arqueólogo. Como él mismo se encargaba de recordar en el prólogo al librito que la Universidad de Salamanca editó con el texto de mi lección inaugural de su Máster de Historia (también prologó mi volumen *Córdoba, a pie de tierra*, editado en 2013), al que me invitó y que por cierto le dediqué (tal vez intuí lo que vendría sólo unos meses más tarde), conocí a Jesús cuando se trasladó con Manuel Martín Bueno y su grupo de trabajo más cercano a excavar en Ategua. Con ellos di mis primeros pasos en Arqueología, me asomé por primera vez al universo insondable del alma humana leída a través de la tierra, descubrí el compañerismo, el espíritu de equipo, la generosidad científica, la convivencia intensiva. Podría contar mil anécdotas de aquellos años; en cambio, sólo diré que desde el primer momento surgió una

simpatía especial entre maños y cordobeses, se sentaron sólidamente las bases de numerosas amistades –el propio Manuel Martín Bueno, Maite Amaré (+), Miguel Cisneros, Carmen Guiral, José Luis Jiménez, José Antonio Minguez...- que, contra lo que suele ser habitual, han sobrevivido al tiempo y la distancia, se han incrementado incluso.

Había terminado ya la carrera cuando Jesús Liz y José Luis Jiménez se trasladaron a Córdoba como Profesores Ayudantes, supliendo así a Manuel Martín Bueno, que había ganado la plaza de Catedrático en la Universidad de Zaragoza. Poco después obtuve una Beca de FPI y me incorporé de pleno derecho a un despacho que por entonces aún compartíamos con Prehistoria y Antropología, dos de cuyos profesores, M.D. Asquerino (+), con quien hice mi Memoria de Licenciatura, y M. de la Fuente (+), también nos dejaron prematuramente. Visto con la perspectiva que dan los años, parece imposible que alguna vez pudiéramos trabajar en tan reducido espacio tantas personas, pero aquel despacho se convirtió sin quererlo en una escuela acelerada de arqueología y de vida, allí prendieron con fuerzas las raíces de un Área que fraguaría más tarde con la incorporación a su cátedra de Pilar León Alonso. Entre ambos forjaríamos, tras la marcha de Jesús y de José Luis, ya yo como Profesor Titular, un modelo de Universidad que iría cobrando vuelo a base de planificación, estrategia, sobrecarga, jornadas interminables de trabajo, infinito esfuerzo, muchas renunciaciones y dosis enormes de generosidad, altruismo y visión de futuro, por más que algunos lo hayan olvidado con asombrosa (y lacerante) facilidad.

Fueron años enormemente enriquecedores, también desde el punto de vista perso-

nal, por cuanto tuve el honor de compartir piso con Jesús durante tres de ellos. Nunca le gustó que se lo dijera, pero de él aprendí casi todo lo que sé, y no sólo desde el punto de vista científico. Era un hombre de valores, y ahí nos encontramos siempre. Tal vez yo ayudé en algo a potenciar los suyos, pero de lo que no me cabe la menor duda es de que él ayudó a consolidar y engrandecer los míos. Para bien y para mal nos tocó compartir muchas situaciones, algunas de ellas extremadamente duras, pero siempre supimos mantener la amistad a flote, separar lo de fuera de lo de dentro, las agresiones externas de lo que nos unía, y así ha sido durante treinta y cinco años, hasta el mismo día en el que exhaló su último suspiro: 23 de mayo de 2015, San Desiderio. En el prólogo al que antes aludía, Jesús terminaba con una frase que de alguna manera resultaba también premonitrice: *“tengo que confesar que yo seguramente tengo muchos defectos, pero que, en general, siempre he sabido elegir bien a mis amigos, y este es un caso clarísimo”*. En esto estuvo equivocado: fuimos nosotros quienes lo elegimos a él. Habría sido de tontos no disfrutar de semejante privilegio.

“Las amistades deben ser inmortales; las enemistades, mortales”, dejó dicho Tito Livio (40, 46, 12). Un aforismo en apariencia contradictorio que, sin embargo, encierra la esencia del regalo más importante que nos hace la vida después de la familia: los amigos. Porque un amigo *“es aquel que es otro como yo”*, en palabras de Cicerón (*De Amicitia* 21, 80), la mitad de mi alma, como llamaba Horacio a Virgilio (Horacio, *Odas* 1, 3, 8), al que se conoce de verdad en situaciones difíciles, que te acompaña cuando estás solo, que te dice la verdad y huye de las complacencias inútiles, que te enriquece espiritual-

mente sin pedir nada a cambio, que vela tu sueño y guarda tu espalda, que envejece a tu lado haciéndose cada día más grato, que perdona y comprende tus faltas, que quiere sin contrapartidas...

Descansa en paz, querido amigo, que “*ya humean a lo lejos los tejados de las casas y desde los altos montes caen, crecidas, las sombras...*” (Virgilio, *Bucólicas* I, 82). Como dice el epitafio de una niña romana de trece

años (*CIL* VI, 35887), tus cenizas se han reunido ya con la tierra, por lo que si es verdad que ésta tiene categoría de diosa, en realidad no has muerto, sólo has cambiado de estado: te reencontraremos cada año en el renacer esperanzado de la primavera. Mientras tanto, por más que te pese, te echaremos profundamente de menos. Siempre os vais los mejores, dejándonos, si cabe, un poco más huérfanos...